

# Día internacional de la mujer

El 8 de marzo ha ido convirtiéndose en una fecha conmemorativa de cada vez mayores significados. Nació vinculado al Primero de Mayo, por cuanto ambos tienen su fuente en luchas emancipadoras de los explotados. Incluso, se llamó originalmente “Día Internacional de las Mujeres Trabajadoras” y fue convenido en agosto de 1910 por la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas reunida en Copenhague a iniciativa de la revolucionaria alemana Clara Zetkin, una de las pioneras en plantear la liberación de las mujeres como un tema central en la causa general del proletariado. En una fotografía puede mirársele a ella y a Rosa Luxemburgo tomadas del brazo en aquella reunión. Ambas, aguerridas, iconoclastas, sabias, valerosas, siguen estando entre los ejemplos luminosos para mujeres y hombres de todas las épocas. Ni en sus escritos ni en sus acciones políticas dejaron a opresor o símbolo de la opresión intocado: reyes, militares, curas, burgueses, políticos hipócritas, líderes traidores, iglesias, parlamentos, cámaras. Sus vidas encarnaron hazañas de la voluntad y de la inteligencia, pero también de la pasión por las causas liberadoras. En la imagen se puede apreciar la indumentaria femenina: las pesadas faldas apenas dejan ver la punta de los zapatos, para confirmar cómo a lo largo de las épocas, el atuendo impuesto a las mujeres —hasta el siglo XX— fue otra de las tantas cadenas con las cuales cargaron, impidiéndoles correr, nadar, montar, ejercer distintos oficios.

En adecuación a tal vestimenta estaba el lenguaje, utilizado todavía en estos días. En un ensayo reciente sometido a un concurso, se recupera una buena serie de las frases representativas de una cultura todavía presente: “Mientras tú seas la ‘catedral’, no importa que tenga sus ‘capillitas’”; “Hija, ahorita haces eso, sírvele a tu hermano de comer”; “Una como mujer, tiene que aguantar muchas cosas por sus hijos, por su familia”; “No me da confianza como supervisora, capaz y cuando venga en sus ‘días’ se va a desquitar con uno”; “Tú no porque eres niña”. ¡Ah!, cuántas veces se escuchan estas expresiones o similares en las cuales se denota otro obstáculo a vencer, el del habla cotidiana. Como en el racismo, poseedor y desarrollador de su propio léxico: “negrita”, “morenita”, “prietita”, “...era hermosa, blanca como la nieve”; “...los caballeros las prefieren rubias”... Mafalda, esa argentinita cuyas agudezas nos han cautivado por décadas, coleccionó otras perlas: “Zorro=Héroe justiciero. Zorra=Putas / Aventurero=Osado, valiente, arriesgado. Aventurera=Putas / Cualquiera=Fulano, mengano, zutano. Cualquiera = Putas / Hombre público=Personaje prominente, funcionario público. Mujer pública=Putas / Dios=Creador del universo y cuya

divinidad se transmitió a su Hijo varón por línea paterna. Diosa=Ser mitológico de culturas supersticiosas, obsoletas y olvidadas / Suegro=Padre político. Suegra=Bruja, metiche / Sacerdote=Padre, varón sabio y venerable. Sacerdotisa=Usurpadora, charlatana, bruja”.

En Ciudad Juárez se suman a los agravios generales sufridos por las mujeres y en un rango pavoroso, los crímenes cebados en el cuerpo y en el alma femeninos. Otro ensayo referido al contexto fronterizo, comparte una cuestión recurrente en los últimos tiempos: ¿Cómo llegamos hasta este sitio, en esta espiral de violencia, de irrespeto por la vida? Recuerdo unas reflexiones de Anah Arendt, quien buscaba explicar la razón por la cual millones de personas marcharon rumbo a las cámaras de gas sin resistencia y de manera análoga se interroga: “¿Qué calidad ética-política tiene una ciudad en donde una madre decide manifestarse con los restos de su hija asesinada, enfrente del lugar donde el Estado asegura impartir justicia, sin recibir una voz de vuelta? ¿Cómo decidimos dejar pasar el asesinato de una niña, sin más que conformarnos a ver la nota roja en voz de Cabada? ¿En qué punto nos permitimos caminar hacia la cámara de gas sin decir nada, sin resistir?” Las palabras son fuertes, dolorosas, calan muy hondo en las llagas sociales, parecen sacadas de una tragedia griega, pero se refieren a hechos del aquí y ahora. Entrañan al mismo tiempo una crítica radical al sistema, inoperante para combatir el crimen o cómplice del mismo y otra a la colectividad pasiva, inerte, resignada ante su colapso, aturdida por la demagogia y la mentira.

Escribir sobre la mujer para los hombres es una labor con frecuencia equívoca y fallida. La hembra ha sido musa inspiradora del canto erótico y también el centro de la devoción y el cariño sublimes. Los poemas a la madre y a la amante abundan en la literatura de todos los pueblos. En México, la palabra posee una mágica e infinita multiplicidad de sentidos, cambiantes con una simple entonación o énfasis al principio o al final. Por eso mismo, la madre es símbolo de la fuerza, pero también de la debilidad frente al padre. Pensando en la primera alegoría, otro trabajo conluciona: “A mí me da pavor que te creas ese cuento de que la mujer es ‘el sexo débil’. Me da pavor porque nos dejarías indefensos, a merced de nuestra brutalidad auto-destructiva”. Es un hombre desafiante de los riesgos, que se atreve a cavilar sobre la mujer y se sobrepone a esta añeja concepción de la mujer-apoyo, de la mujer-añadidura, de la mujer-escaparate, para optar por la antípoda del sexo débil: “Entera en ti misma, sin complementar a nadie ni a nada, ahora debes, mujer, abrir de tajo una fisura...”.